

Desde entonces el cautiverio del rey fué mas riguroso que nunca hasta que prestó juramento á la constitucion , y desde entonces tambien llegó á su colmo la enemistad del partido realista contra Lafayette. Mas no por eso se disminuía la desconfianza de los patriotas , quienes miraban como una locura ó tal vez una traicion , la idea de entregar el depósito de esta misma constitucion en manos de un príncipe que habia protestado contra ella y que queria evidentemente destruirla. ¡Que de murmullos y gritos suscitó entre los jacobinos el decreto de la asamblea constituyente en que se declaraba la inviolabilidad del rey, y por consiguiente se prohibia toda investigacion judicial sobre su fuga á Varennes ! De aquí nació la proposicion de ir á firmar en el Campo de Marte sobre el altar de la patria , una peticion dirigida á que suspendiese la asamblea toda resolucion sobre la suerte del rey hasta que se consultase el voto de los departamentos.

El domingo 17 de julio hubo una reunion considerable en el campo de Marte , y por una de aquellas fatalidades inseparables de los movimientos tumultuosos del pueblo , dos hombres que se habian escondido debajo del altar de la patria por solo satisfacer una indecente curiosidad , fueron ahorcados. Con la noticia de este doble asesinato , envió el ayuntamiento unos comisionados para restablecer el orden , acompañados de una fuerte escolta mandada por Lafayette , quien en efecto dispuso el tumulto. Pero un voluntario le apuntó casi á quema ropa y fué la fortuna que no salió el tiro , con lo que se libró de una muerte casi segura. Arrestaron al agresor , pero el general lo perdonó y mandó que le pusiesen en libertad , con lo cual creyó que ya estaba restablecido el orden y se salió del campo de Marte. Mas apenas se habia alejado algun trecho , cuando la multitud volvió á su empeño de la peticion , y es inutil que repitamos las consecuencias de aquel suceso por ser demasiado sabidas. Lafayette se vió acometido á pedradas igualmente que su tropa , y se vió precisado á proclamar la ley marcial y disparar contra el populacho. ¡Terrible conflicto para un hom-

bre que habia declarado en la tribuna *que la insurreccion era el mas sagrado de los derechos y la obligacion mas indispensable cuando el gobierno violaba los del pueblo !* Mucho debió sufrir su corazon al ver el contraste entre el entusiasmo con que habia sido saludado por mas de 500 mil hombres el dia de la federacion , y la escena que le ocasionaba ahora las maldiciones del pueblo. ¡Qué desengaño para los que se fían de la popularidad ! Desde aquel funesto dia principiaron los piques entre el pueblo y la guardia nacional , á quien llamaban por apodo *la guardia pretoriana* , y no tardó en conocer Lafayette que no podia permanecer mandándola por mas tiempo. Asi , inmediatamente que el rey aceptó la constitucion , renunció la comandancia y se retiró á su pais.

No gozó largo tiempo de su reposo , porque habiendo los emigrados hecho una punta por la frontera , lo cual anunciaba la proximidad de tropas extranjeras , le dieron un mando superior y los rechazó en diferentes puntos. Durante aquel tiempo se preparaba en Paris otra insurreccion que no podia tardar mucho en estallar , nacida de las desconfianzas contra la corte ; mas Lafayette la tenia mucho mayor de los girondinos y jacobinos á quienes atribuía todos los males de la Francia. Asi se explicaba en una célebre carta escrita por él con fecha de 16 de junio desde su cuartel general de Maubeuge á la asamblea nacional , en cuya carta no solo habia prevencion sino hasta una especie de delirio contra los patriotas , hablando como pudiera haberlo hecho un general austriaco de aquella época. Fué tanto mayor la sorpresa que causó esta carta , asi en la asamblea como en Paris , cuanto acababa de suceder el movimiento del 20 de junio , en que el pueblo invadió el palacio del rey y fué dueño de su persona durante muchas horas. Luego que Lafayette supo lo que habia pasado , quiso tentar su último esfuerzo en favor de Luis XVI y de la constitucion , presentándose el dia 28 en la barra de la asamblea legislativa , á pedir el castigo de las violencias cometidas el dia 20 en las Tullerías , la supresion de las sociedades

populares y las medidas necesarias para asegurar la inviolabilidad del rey y la constitucion. Pero no se hizo el menor caso de su peticion, ni obtuvo mayor efecto su afan por captarse de nuevo el amor de la guardia nacional y hacerla que cerrase ella misma el club de los jacobinos, con lo cual no le quedó la menor duda de que habia pasado su época y asi se volvió á la frontera.

Este desaire de la suerte fué mirado como un triunfo por la corte, que nunca quiso aceptar sus servicios por mas sinceros que fuesen y por mas necesidad que de ellos tuyese. Tambien triunfaron los jacobinos, quemando aquella tarde misma en el palacio real una especie de pelele que representaba al héroe de la federacion. ¡Pobre de él si hubiera permanecido en Paris! Pero es el caso que nada le desengañaba de su mania de salvar al rey á pesar suyo; para ello, contando con el anciano Luckner á quien habia logrado inspirar mucha confianza, pretendia que el rey le enviase á llamar con el mariscal como para presentarse en la federacion. Al dia siguiente de esta ceremonia debia S. M. salir de Paris bajo pretesto de ir á Compiègne y dar una prueba á la Europa de que estaba libre. En caso de que se opusiera alguna resistencia, Lafayette respondia de poner en salvo á la familia real con cincuenta caballos, y desde Compiègne irian escoltando al rey algunos escuadrones que estaban apostados para llevarle al ejército. Allí hubiera S. M. hecho patentes sus verdaderas intenciones, modificando la constitucion, estableciendo dos cámaras y dictando instituciones fuertes, pero todas monárquicas. En el caso de no salir bien este proyecto, Lafayette estaba resuelto á marchar sobre Paris.

No estaba el rey muy distante de aceptar este plan, porque conocia los obstáculos y los riesgos que le amenazaban; pero la reina no pudo resolverse jamas á confiarle sus personas y mucho menos la suerte de la monarquía. Fué tal vez una fatalidad, pero fatalidad inevitable en vista de los sucesos posteriores. El mismo La-

fayette ofrecia tal vez mucho mas de lo que podia cumplir, y arrostraba un porvenir que no podia menos de serle funesto; porque ni la corte triunfante le hubiera podido perdonar sus antecedentes, ni mucho menos contentarse con una restauracion á medias, al paso que tampoco los patriotas hubieran dejado de tenerle por traidor, habiendo contribuido á poner á Luis XVI al frente de un ejército. Sus intenciones eran sin duda muy puras; pero su vista no alcanzaba á descubrir todo el desmoronamiento en que ya habia caido la corona, y sobre todo no cabia en su cabeza la posibilidad de un 10 de agosto.

Quando llegó á su noticia este gran suceso estaba él en su campamento cerca de Sedan y contaba con su estado mayor, con el afecto de sus soldados y con el juramento de su obediencia. Contaba tambien reunir en defensa de la constitucion de 91 el voto de 75 departamentos, cuyos consejos generales habian adherido á su carta del 16 de junio en que pedia la supresion de los jacobinos, y fiado en estos datos, se atrevió á levantar la bandera contra la asamblea legislativa por medio de una proclama. Mandó arrestar á tres comisionados del cuerpo legislativo entre los cuales estaban Kersaint y el famoso Antonelle, antiguo corregidor de Arlés. En seguida no perdonó esfuerzo alguno para sublevar al ejército en favor de Luis XVI y de la asamblea misma, á quien pintaba como esclavizada por los jacobinos y por el corregidor Petion: dando en esto otro malísimo ejemplo de indisciplina, llamando á deliberar á la fuerza armada. Los soldados hicieron lo que siempre, que fué declarar su indignacion contra todo lo que estaba pasando y decir al general que estaban prontos á marchar á donde quisieran conducirlos para poner al rey en libertad. Pero otros nuevos comisionados que llegaron de la asamblea lograron dividirlos entre sí y los artilleros principiaron á manifestar disidencia, negando su adhesion á la protesta contra los decretos de la asamblea. No quedó la menor duda de estas malas disposiciones en una revista que pasó con el objeto de exigir el juramento individual de los

soldados de fidelidad á la nacion , á la ley y al rey. Por otra parte Dumouriez , á quien habia mandado arrestar en su campamento de Maulde , habia reusado prestar el juramento antiguo , y Dillon , que á los principios habia sido del partido de la resistencia , no habia tardado en variar de parecer. Ademas de estas defecciones , el departamento del Aisne se habia opuesto formalmente y dado órden á todos los ciudadanos para arrestar al general en jefe del ejército del norte : todo lo cual , junto con el decreto de acusacion pronunciado contra él por la asamblea y el nombramiento de su enemigo Dumouriez para sucederle en el mando , le convenció de que no habia la menor esperanza de salir con su empeño.

Quien oyese los gritos é imprecaciones de los clubs de Paris contra Lafayette y sus cómplices , no dudará de la suerte que hubiera cabido al amigo de Washington si hubiese caido vivo en sus manos ; pero mas dichoso que Bailly , uo espió en un patíbulo la sangre derramada en el campo de Marte. Resolviose á huir de su campo en la noche del 19 al 20 de agosto , acompañado de Bureau de Pusy , de Latour-Maubourg y de Alejandro Lameth , habiendo tomado antes sus disposiciones para que el ejército no quedase espuesto á alguna sorpresa. Luego que llegó á Bouillon , despidió su escolta de 25 caballos , y procurando atravesar incógnito los puestos enemigos , tenia intencion de refugiarse en territorio de la república bávara. Pero fue arrestado en Rochefort por el teniente coronel conde de Haruoncourt , el cual dió inmediatamente parte al comandante de Namur. El 21 fueron trasladados los prisioneros á esta última ciudad , y allí fue donde Lafayette tuvo una entrevista con el archiduque Carlos , todavia novicio en la carrera de la gloria , pero que habia nacido con una alma generosa. La conducta y lenguaje de Lafayette y de sus amigos fué cual correspondia á su desgraciada situacion é impuso respeto á sus enemigos. Cónducidos á Nivelles , tuvieron los prisioneros que sufrir un largo interrogatorio , en presencia de un mayor austriaco , encargado de recibir y hacer-

se cargo de la caja del ejército que suponian haberse traído Lafayette. « Lo único que puedo comprender , respondió este último , de tan estraña comision , es « que en mi caso no habria dejado el Sr. duque de Sajonia-Teschen de robar el tesoro del ejército. » Llevados á Luxemburgo estos cuatro individuos de la asamblea constituyente , permanecieron allí tres semanas , durante las cuales no dejaron los emigrados de hacer alguna tentativa para inmolar á su venganza al autor de la proclama de los derechos del hombre y del ciudadano. Desde allí los llevaron presos á Wesel , á Magdeburgo , á Reisse y últimamente á Olmoutz , que es donde les esperaba un horrible calabozo.

No queremos recordar los indignos tratamientos que les hizo sufrir , y particularmente al general , la policia austriaca : baste decir que se le privó hasta de la dulce compañía de sus tres amigos y de tener la menor correspondencia con Francia. El único momento de consuelo que tuvo en aquellos horribles años fué la llegada de su esposa á la prision en que yacia aquel mártir de la libertad. Esta Señora no dejó de mover todos los resortes que la sujeria su cariño y su virtud para obtener la libertad de su marido ; mas todo fue en vano , asi como la intervencion de todos sus amigos y la del gobierno mismo de los Estados Unidos de América. Fué necesario para que la recobrase nada menos que las victorias de Italia y la voluntad de Bonaparte , á quien se lo recordó Regnaud de St. Jean d'Angeli para que la pusiese como una condicion particular é imperativa en las negociaciones que terminaron aquella guerra de prodigios. Libre ya de sus cadenas el prisionero de Olmutz , no quiso tomar parte alguna en la revolucion de 18 fructidor , por lo cual tuvo que quedarse en Hamburgo ; pero se puso la escarapela triécolor , igualmente que sus amigos y no entró en Francia hasta la época del 18 de brumario. Por mas profunda que fuese su gratitud á Bonaparte , no quiso jamas mezclarse para nada en las cosas de su gobierno : reusó una plaza en el senado conservador y votó contra el con-

sulado vitalicio, accion bien estraña en un hombre que habia espuesto su vida y hasta su reputacion de amigo de la libertaad, por salvar el principio monárquico. Pero combatian entonces en su cerebro sus antiguas opiniones y sus propensiones republicanas. Consiguiente á una de estas doctrinas favoritas, le pidió un dia á Bonaparte que concediese la libertad de imprenta, y el cónsul le respondió « si yo concediese á Mr. de Lafayette lo que con « tantas instancias solicita, ni él ni yo estaríamos aqui « dentro de tres meses » ; Cuanta razon tenia aquel grande hombre y cuanto mejor conocia que Lafayette la naturaleza de las cosas y el corazon de los hombres ! En aquella época hubiera sido imposible todo gobierno con veinte ó treinta diarios que le hubieran batido en brecha cada mañana, y el cándido Lafayette, á pesar de sus padecimientos de Olmutz, hubiera visto muy pronto abrirse su proceso político en el tribunal de la opinion pública, donde hubiera perdido su popularidad para siempre; *porque las revoluciones ofendidas no perdonan jamas.* Mas no por eso dejó de ser muy honroso el retiro en que vivió durante toda la época del imperio, prefiriendo la obscuridad á las mas brillantes ventajas que le ofreció el dominador de la Europa.

Por fin volvieron los Borbones en 1814 y Lafayette se presentó de nuevo en la escena política con aquella imperturbable serenidad y constancia de principios que habia adoptado desde jóven. Era esta tan conocida, que el Sr. conde de Artois, igualmente fiel á la contrarrevolucion, solia decir: « no hay en toda Francia sino Lafayette « y yo, que no hayamos cambiado de principios. » Pero lo particular es que siempre se mostró menos hostil á Carlos X que era el rey de la emigracion, que á Luis XVIII, autor de la carta. La razon era por que en el primero de estos príncipes no veia Lafayette mas que un hombre de ideas estraviadas, pero de buena fe y sin ninguna malicia en el corazon, al paso que en el otro suponía todo el conocimiento y segunda intencion de sus acciones y conducta.

Volvió á presentarse en la escena durante los cien dias como representante en la cámara; y mal aconsejado por la rigidez de sus principios, contribuyó en gran manera á la caida final del Emperador que habia sido vencido en Waterloo. No alcanzaban sus luces á distinguir la época de 1815 en que era preciso ante todas cosas salvar el territorio francés de la de 1789, en que se trataba de conquistar la libertad. Pero no es esta la sola ocasion de su vida en que dió pruebas claras de que su cabeza no valia tanto como su corazon. Jamas Lafayette estuvo á la altura de la situacion en que le colocaron las circunstancias, y asi es que todas las grandes empresas abortaron en sus manos. Acaso y sin acaso no hubo en el mundo otro suceso mas importante ni que mas interesase á la Francia que la abdicacion de Napoleon, y por lo mismo este fué uno de los que con mas empeño contribuyó Lafayette á acelerar. Llegó á tal grado la ceguedad, sea de su amor propio, sea de la ignorancia en que estaba sobre la opinion que los demas tenian de él, que se hizo nombrar por uno de los comisionados que fueron á tratar con los estrangeros para la suspension de las hostilidades, siendo asi que no habia hombre menos á propósito para salir airoso en una mision semejante, que el que habia sido cómplice en la emancipacion de 25 millones de habitantes. Asi fué que no consiguió nada, y á su vuelta, que el enemigo difirió cuanto le fué posible, se encontró con la capitulacion de Paris y con la retirada del ejército sobre el Loira. No nos cansaremos de repetirlo: las ilusiones del amor propio, asi en materia de libertad como en todas, son uno de nuestros mas implacables enemigos, por que suelen hacernos mirar los vicios y las flaquezas como virtudes ó actos de valor. Si los llamados idólatras de los derechos del pueblo hubiesen derribado á Napoleon 15 dias antes de la batalla de Waterloo, hubieran tal vez hecho una heroicidad; pero derribarle inmediatamente despues de una batalla perdida no fué mas que una cobardía, acompañada de una indecencia. ¡ Qué distinto papel hubiera hecho Lafayette en la

historia y en la opinion de sus conciudadanos , si en lugar de ocuparse de la caida de Napoleon , se hubiera presentado á él y le dijera . « General , yo vengo á ponerme á vuestras órdenes ; vamos á echar á los enemigos que rodean á Paris , y luego trataremos juntos de los grandes intereses del pueblo y de la libertad ? » Pero asi como decimos esto , tampoco debemos omitir en su elogio la noble respuesta que dió al embajador ingles cuando solicitaba que la persona del emperador fuese entregada á los aliados . « Me admiro , le replicó Lafayette , de que para proponer semejante infamia os dirijais al prisionero de Olmütz . »

Todos los demas pasos que dió , y conferencias que tuvo con otros diputados para impedir que sucediese lo que sucedió , fueron insignificantes , porque la gran falta estaba cometida . Despues que la familia de Borbon volvió por segunda vez á Paris , se retiró á su quinta de La Grange , donde vivió en la obscuridad hasta las elecciones de 1817 en que pudo el gobierno alejarle de la diputacion , mas en las de 1818 triunfó el veterano de la libertad de todos los obstáculos , y desde entonces estuvo siempre al frente de la oposicion . La pasion dominante de Lafayette fué sin duda alguna la popularidad , asi como sus principales virtudes fueron el desinteres y la serenidad en los peligros , á que vulgarmente se da el nombre de valor . Por eso no hubo para él un instante mas feliz en todo el discurso de su vida que su último viage á los Estados-Unidos , en que la poblacion casi entera salió á saludarle á su paso : mas no por eso mostró á su vuelta ni el menor orgullo ni la mas ligera alteracion en su método ordinario de vida . Era hombre que amaba el orden público y que se esponia con gusto por restablecerle ; pero tampoco le disgustaban del todo los movimientos populares , porque se le figuraba que eran un signo infalible de que el pueblo conservaba su energia . En una palabra , no podia resolverse á que el pueblo diese su dimision .

Pasemos ya á su última época que fué la revolucion de

1830 , sobre la cual , por ser demasiado reciente , nos limitaremos á decir que representó en ella uno de los mas importantes papeles , y que demostró ser el mismo compuesto de calidades y de defectos que habiamos visto en la de 1789 . Como hombre privado , pocos pueden encontrarse mas dignos de aprecio que él , pues era suave en su trato , compasivo con los desgraciados , tierno y excesivamente confiado con sus amigos y excelente con su propia familia . Pero como hombre público , su conducta estuvo llena de contradicciones , y el principal recuerdo que quedará de las impresiones de su alma es que Lafayette fue durante toda su vida *la propaganda personificada* . Murió en Paris el 20 de mayo 1834 .

PAGINA 141.

15 Apenas se sabia la existencia del Marques de Brezé sin la anecdotita del juego de pelota , en que tan mal le despachó Mirabeau . Despues de aquel lance se retiró á sus posesiones y no se ha vuelto á oír hablar de él .

PAGINA 142.

16 Antonio Pedro José Maria Barnave , miembro de la asamblea constituyente , es uno de aquellos hombres animosos y elocuentes , que al mismo tiempo que se apasionan con exceso para poder moderar su propio partido , tienen demasiada virtud para seguirle hasta el cabo . Génius desgraciados que la posteridad compadece y admira , porque buscaron siempre el bien sin encontrarle , y porque si cometieron errores tambien los espieron cruelmente . Nació Barnave en Grenoble en 1761 de una familia protestante . Su padre era un abogado rico y célebre , y su madre hija de un militar ; pero tan instruida y virtuosa , que no descansaba un instante en proporcionar á sus dos hijos una educacion de las mas esmeradas . El mas jóven se dedicó á la carrera de las armas y murió á los 21 años , siendo oficial de ingenieros . El mayor ,